

El perro encadenado

Un poco de viento ennegrecido con el alma de la noche penetraba en aquel corredor oscuro y parecía exacerbar la ferocidad del perro encadenado. Tensos tenía sus músculos y presto estaba á saltar; gruñía salvajemente; á veces ladraba y sus ladridos se ocultaban en los rincones de toda la casa.

La señora y yo conversábamos, pero á ratos no era posible escuchar nuestras propias palabras; aquella cólera encadenada nos aturdíá con sus furoros de fiera.

—Qué tiene ese pobre perro?—pregunté á la señora.

—Está furioso de verse prisionero. Desde pequeño lo crié encadenado y era feliz; pero hace unos cuatro días lo solté: ha recorrido el mundo y, lo que es peor, ha entrado en relaciones con una perrita de la vecindad y eso—creo yo—le ha hecho un daño terrible.

—Será preciso soltarlo—le repliqué.

—No me conviene, yo no puedo pagar la matrícula; ahora ladra, pero ya se acostumbrará á la esclavitud.

—Vamos á verlo, señora; será preciso soltarlo.

Con las orejas echadas atrás, con el pelo erizado, aquel prisionero gruñía y escarbaba con verdadero frenesí. El cuello se hallaba gravemente herido, y condolida la señora, resolvió desabrocharle el collar.

Saltando, removiéndola cola, ebrio, ebrio de dicha, huyó de aquel sitio el perro desencadenado. Esa bestia había conocido el amor y amaba, había conocido la independencia de todas las cadenas y batallaba por la libertad.

Los que no conocéis el amor para los hombres, los que no amais la independencia y la libertad, no conoceréis esta suprema dicha de ser libres de corazón y libres de pensamiento.